

Débiles ruidos espirando á solas,
 Y de la mar las sosegadas olas
 En el regazo de la playa duermen.
 Todo es silencio, soledad, tristeza,
 Y llena de mortal melancolía
 En el altar del moribundo día
 El alma se arrodilla, llora y reza.
 De pronto surge en la extensión callada
 Eco sutil de victorioso canto,
 Que seca entre los párpados el llanto
 Y hace brillar de gozo la mirada.
 Incólume, triunfante, vencedora,
 Arrollando la espuma con su quilla,
 Aparece la débil navecilla
 Que izó sus anclas al rayar la aurora.
 ¿Qué talismán, que mágico amuleto
 En las borrascas escudó su vida?
 El que ha sido y será siempre una egida,
 Y se llama el *Deber*: he ahí el secreto.
 Brújula santa, faró inextinguible
 Que ha colocado en la conciencia humana,
 La voluntad Eterna y Soberana
 Que rige lo visible y lo invisible.
 Aquel que sus preceptos ha seguido
 No abusando jamás de su derecho,
 Ese tan solo guardará en su pecho
 La inmensa dicha del deber cumplido.

DOLORÉS PUIG DE LEÓN.

CAPÍTULO III.

LOS LAZOS DE LA FAMILIA.

Para todos tenemos el deber de utilizar nuestras facultades; pero es indudable, que no todos tienen igual derecho para exigir de nosotros idénticos deberes.

Así por ejemplo: cada una de vosotras se cree con el deber de tratar á todas sus compañeras con iguales miramientos; pero hay alguna entre ellas á quien os creéis más obligada. ¿Por qué? Porque esa compañera, diréis, me quiere más que las otras; ella, siempre que por enfermedad he faltado á la clase, cuando vengo, me enseña lo que ha aprendido durante mi ausencia; cuando salimos á recreo, siempre tiene un dulce ó una fruta para mí; si le regalan un libro de cuentos, soy la primera que lo lee; en fin, ella *es mi mejor amiga en la escuela*. Bien, pues si tenéis tanta gratitud para vuestra mejor amiga de la escuela ¿qué no será para aquellos que son nuestros mejores amigos en el mundo? ¿Quiénes han hecho por nosotros más que nuestros padres? ¿Cuántas veces el hombre de carácter enérgico y altivo, el que luchó con valor contra los opresores de la patria, el que con valor cívico arrojó la cólera del tirano, diciéndole en su cara la verdad, se doblegó aceptando una clase de trabajo en

contradicción con su carácter, para llenar sus deberes de padre! ¡Cuántas veces el buen padre, en vez de buscar la distracción en el café ó en la compañía de los amigos, en las horas de descanso, reunía á sus hijos para enseñarles un poco de la ciencia de los libros, y mucho de la ciencia de la vida! ¡Cuántas veces aquel hombre de carácter irascible y volcánico, dominó sus impulsos para dar siempre á sus hijos buen ejemplo! ¿Y la madre? ¿Qué diremos de ese sér débil que adquiere fuerzas de titán para poderlo todo? ¿Cuál será el trabajo que por rudo y desagradable que sea, no emprendan las manos de la madre, si por su medio encuentra el pan para sus hijos? Habladle á la madre de bailes, de teatros y de viajes: con qué sonrisa de desdén os oye. ¿Acaso hay para ella música más sonora que la voz del rubio querubín que enlazando los brazos á su cuello, la besa, repitiendo: ¡Mamá, te quiero mucho. . . . ! ¿Qué cuadro hay más bello y más poético que el de la hermana mayor arrodillada ante el más pequeño, componiéndole los rizos y tomándole después entre sus brazos, y arrullándole con inocente canto con que imita el cariño maternal? ¡Oh, el amor de los padres y el de los hermanos, las dichas del hogar, no tienen nombre. . . ! Vosotras, niñas, si no los sabéis definir, sabéis sentirlos.

Estoy segura de que os parecerá que sois

vosotras las que habéis hecho estos versos, en que se habla de un hogar dichoso:

Un cielo circundado de soles y estrellas
La bóveda formaba del techo paternal,
Alfombra de guirnaldas espléndidas y bellas
Bordaban las orillas de un lago de cristal.

En medio de ese cielo, dos astros bienhechores
La luz y la ventura vertían en mi hogar;
Arcángeles ceñidos de aureolas y de flores
Cantaban las estrofas del santo amor filial.

¡El amor filial! No necesito hablaros de él; vosotras lo sentís, y cómo no, si os parece la vida un paraíso, si es vuestro hogar un castillo encantado donde nada tenéis que pedir, porque adivinan vuestros pensamientos y vuestros deseos. . . . ! Y son vuestros padres los genios misteriosos del castillo, la providencia viva de vuestro paraíso. Con razón, cuando la frente del padre está nublada, los niños se acercan silenciosos á abrazarle, y *quisieran ser grandes* para quitarle á su papá las penas. Con razón, cuando la madre está enferma, los niños se acercan uno á otro y se repiten en secreto: Mamá está mala, hay *que guardar silencio*, y mientras que la hermana mayor se afana en suplir las faenas de la mamá para que esté tranquila, el pequeñito se acerca en silencio, y se sienta á la orilla de la cama, tan quieto y tan calladito, que

pudiera tomársele por un lindo santito de palo, si no fuera porque la expresión de ternura con que su mirada sigue todos los movimientos de la enferma, dicen muy claro que es un ángel vivo, un niño cariñoso, un sér con alma, un buen hijo que vela á su madre enferma.

Después, los niños crecen . . . ya todos son hombres, es preciso separarse . . . cada uno irá á donde la suerte ó el deber lo lleve . . . algunos se han ido lejos, muy lejos del hogar . . . la madre ausente . . . el padre muerto . . . no importa . . . los lazos de la familia no están rotos . . . nadie está solo . . . todos se ayudan. Un día, uno de los hermanos está en un pueblo extraño, vive entre una numerosa muchedumbre á quien él nada importa, un día el expatriado cae enfermo. Cuando el Sol va á ocultarse detrás de las montañas, el pobre enfermo cree que no ha de volverle á ver alzarse en el Oriente, que pronto va á morir, y que sólo allá, más allá de los montes, en el cielo, volverá á reunirse con sus caros hermanos. Pero antes que los rayos de la aurora hayan ido á tocar las cortinas del lecho, dos acentos queridos resuenan en la estancia:

¡Hermano, hermano mío, aquí me tienes!

Para el cariño fraternal no hay mares, ni hay montañas. El corazón tiene alas; por eso cada uno de los hermanos radicados en opues-

tos confines de la República, ha volado á prodigar su cariño al enfermo.

El cansancio de la vida, las decepciones invaden el alma; un día, la voz del despecho se levanta dentro del corazón y grita: "No más trabajo ya, no más esfuerzos, ingrata humanidad, nada mereces . . ." mas una voz más poderosa, la del padre muerto, se levanta dentro del corazón del buen hijo, y reconviéndole con ternura, le dice: "¿Cuándo me viste á mí cansado? ¿Cuándo tiré la carga? ¿Acaso mis manos ya moribundas no se esforzaron la víspera misma de mi muerte para preparar la medicina de un pobre? ¡Ten fuerzas! ¡Ten valor! ¡Sé digno de tu padre!"

Cuál es el espíritu que no se levanta cuando la carta de una madre cariñosa viene empapada en sus lágrimas, y con frases medio borradas por el llanto le dice al hijo ausente: "¡Ten fe! ¡Ten esperanza! Tú madre ruega á Dios por tí.

Si el amor paternal dura toda la vida, el amor filial debe ser eterno y la mejor manera de sentirlo y demostrarlo es *procurando honrar con nuestros actos la memoria de nuestros padres.*

EL DEBER.

Para cumplir con el deber sagrado
En que la dicha verdadera está,

En vuestro corazón llevad grabado
Este consejo que mi amor os da.

Nunca penséis en material tesoro
La recompensa del deber hallar;
Pensad que el alma, cual fugaz meteoro,
Cruza este mundo, y á su patria va.

Y mientras pasa la mundana vida,
El que sepa cumplir con el deber,
¿Hallará recompensa más cumplida
Que la que oculta en su conciencia está?
¿De qué os sirviera conquistar el mundo
La pompa vana y el mentido honor,
Si óis de la conciencia en lo profundo
Un grito de reproche aterrador?

Dejad que el dardo de la envidia hiera
Vuestro inocente y puro corazón;
Cuando serena la conciencia impera
Ella brinda precioso galardón.

¿Os figuráis difícil, imposible
Que esta ciencia preciosa del deber?
¿Oh! si tenéis un corazón sensible,
Basta para cumplirlo su poder.

¿Acaso hallárais trabajoso, duro,
Contento, dicha, la existencia dar
En holocausto del cariño puro
En ara santa del amor filial?

Y si á un hermano idolatrado viérais
Amenazado de peligro atroz,
¿Qué, no á su auxilio apresuradas fuérais?
¿En vano oyérais su implorante voz?

Si á vuestra puerta el infeliz mendigo
Pide limosna por amor de Dios,

Siendo de su hambre y su dolor testigo,
¿Volvéis la espalda y le decís que no?
Si veis caer al tembloroso anciano
Que solo, en medio de la calle está,
¿Qué, no corréis y le tendéis la mano?
¿No despierta en vuestra alma la piedad?

El pobre niño que en la calle vaga,
Huérfano, solo, sin hogar tal vez,
Que os detiene al pasar y que os halaga
Para haceros mirar su desnudez;
Que ofrece acaso sus mezquinas ventas
Y su triste, monótono cantar,
En tanto que felices y contentas
Os llevan vuestros padres á pasear,

¿Decidme, niñas, en vuestra alma pura
El niño, un eco de dolor no alzó?
No brilló en vuestros ojos la ternura
Al darle la moneda que pidió?

Y si escuchásteis la plegaria hermosa
Con que os bendijo el huérfano al pasar,
¿No murmuró vuestra alma "soy dichosa
Porque cumplido un deber está?"

Ya veis, oh niñas! que quien lleva una alma
Sensible y pura, cual las vuestras son,
Halla en la vida venturosa calma,
Oyendo sólo del deber la voz.

Cuando mañana en la constante lidia
De aquesta vida batallando estéis,
Que no os arredre la fatal envidia
Si supisteis cumplir con el deber.

Y si en la lucha de la triste vida
Algún consuelo la conciencia os da,

Pensad que pudo su misión cumplida,
Quien tanto os ama, recompensa hallar.

CAPÍTULO IV.

DEBERES PARA CON LA HUMANIDAD.

Deudas para con nuestros semejantes. Reconocimiento de los trabajos hechos por las generaciones pasadas.—Figuráos una familia unida más que con los lazos de la sangre, por los del cariño. Cada uno sólo piensa en la felicidad de los demás, todos sus miembros son inteligentes, activos, laboriosos, honrados y buenos.

Mas figuráos á esta familia abandonada toda en un llano estéril y desierto. El sol que-
ma, la lluvia azota, las fieras se acercan bramando y rugiendo, la noche avanza, los niños tienen miedo, tienen frío, tienen hambre, piden agua, siquiera un poco de agua, la fuente está muy lejos . . . si pudiera hacerse fuego . . . pero no hay carbón, ni leña, no hay nada. ¿Cómo guarecerse de la lluvia? Allí no hay palmas, ni paja, ni nada. ¿Qué harán? ¿Con qué se vestirán? ¿Qué comerán? Y no obstante, son ricos, son sabios, son fuertes y son buenos. Pero esto no basta, cada familia necesita del concurso de otras muchas, de todos sus semejantes, de toda la humanidad.

Cuando vosotros os desayunáis tranquilamente ¿habéis pensado alguna vez en el número de personas que contribuyen á proporcionaros el más insignificante de vuestros alimentos, *una taza de café con leche?*

¿Cuántos años trabajó el que reunió el capital para comprar la vaca!

Un hombre madruga todos los días, aunque haga mucho frío, aunque haya helada, para ordeñar la vaca; otro lleva la leche al mercado; la criada va por ella: la vaca necesita comer, hay que sembrar el pasto; las vacas viven en el establo, hay que hacerlo, se necesita material. ¿Y el café? Viene desde muy lejos, después de sembrado y cosechado, muchos hombres expusieron su vida en el mar, otros condujeron el café en el ferrocarril.

Cuánto carbón de piedra se ha gastado; cuántos mineros expuestos al *fuego grisú* y á tantos riesgos; cuánto fierro y cuánta madera han empleado para construir los rieles y los carros . . . y luego, el terrón de azúcar con que endulzáis vuestro desayuno, y la taza y la cuchara . . . no acabaríamos nunca, si nos detuviéramos á pensar cuántos miles de hombres han contribuido á proporcionarnos únicamente el desayuno; y si fuéramos á tratar del vestido, de la casa, de los libros, del teatro, del paseo, de la exposición, de todo, en fin, lo que contribuye á satisfacer nues-

tras necesidades físicas, intelectuales y morales, quedaríamos anonadados ante la idea de todo cuanto recibimos; esto es, de nuestras deudas contraídas con la humanidad entera.

Si reflexionáis un poco, veréis que no sólo debemos gratitud á toda la generación contemporánea, sino á todas las generaciones pasadas: pensad si no, lo que sucedería si en un caso sobrenatural desapareciera en un momento de la tierra todo vestigio de civilización. Considerad qué sería de nosotros sin casas, sin vestidos, sin tierras cultivadas, sin animales domésticos, sin ninguna clase de herramientas, sin conocimiento de los agentes naturales que hoy utilizamos; si nos encontráramos, en fin, frente á frente de la naturaleza inculta, no siendo como hoy, según la frase del poeta mexicano, *el hombre rey naturaleza esclava*, sino al contrario, *la naturaleza reina y el hombre esclavo*. Nosotros los que vivimos, debemos considerarnos como los depositarios de todos esos bienes, legados por las generaciones pasadas, para legarlos á nuestra vez á las generaciones futuras aumentados con nuestro propio trabajo, como un justo rédito por los goces que con dichos bienes hemos disfrutado.

Boleto de entrada. Dignificación del trabajo.—Un campesino que ignoraba los usos de las ciudades grandes, se paseaba una tarde por los alrededores de una gran capital, cuando

vió que muchas personas se dirigían apresuradas y contentas á un hermoso edificio de amplias puertas. Allí deben divertirse, pensó él, y también quiso entrar.

En la primera sala quedó deslumbrado ante la belleza de magníficos cuadros, tan bien acabados, que hasta se atrevió á dirigir la palabra á los que representaban mujeres preciosísimas, sufriendo el desencanto de no recibir contestación.

Después de atravesar aquella sala, se encontró como envuelto entre los verdes cortinajes de un jardín encantador. Allí no sólo la vista se recreaba con el variado matiz de tantas flores, sino que el aroma delicado que éstas despedían, causó una especie de grata embriaguez al asombrado paseante, que como con ambiciosa avidez abría desmesuradamente los ojos y dilataba sus narices, como si quisiera recoger y guardar tanto perfume. En uno de los extremos de aquel jardín estaba la entrada á un ancho comedor donde se ofrecía á las miradas el atractivo espectáculo de un sinnúmero de mesas, cubiertas de botellas de vino, copas de helados, y aromas cremas y pasteles. Había yo olvidado un detalle interesante: aquel curioso tipo llevaba de la mano á su hijo, niño como de doce años, de aspecto tan saludable y bonachón como su papá.

Nuestro hombre era gastrónomo, y á decir

verdad, el olor de las ricas golosinas pareció ejercer en su ánimo mayor influencia que el perfume de las flores. Sin cumplimientos, tomó asiento y colocó á su hijo á la mesa, satisfaciendo uno y otro, su al parecer insaciable apetito; cuando ya en los estómagos no pudo caber más, el buen papá se ocupó de llenar espléndidamente las bolsas del muchacho. Casi acesando se levantaron de la mesa y en seguida penetraron á un hermosísimo huerto, donde las granadas, las manzanas y los duraznos se mostraban tentadores, no esquivando sus ramas, como aquellas del *castigo de Tántalo*, sino bajándose humildemente como si solas quisieran ir á colocarse en las manos de los paseantes.

Nuestro héroe, después de contemplar con éxtasis tan deliciosos frutos, volvió los ojos á las bolsas repletas, y exhaló en seguida hondo suspiro; pero como si una idea luminosa cruzara por su mente, sus ojos se alegraron, y quitándose el sombrero, sacó de él dos grandes pañuelos de seda, los tendió en el suelo y entre él y el muchacho se ocuparon de llenarlos de las más hermosas frutas; todavía tuvo la inspiración de llenar ambas faltriqueras, y así cargados padre é hijo atravesaron un elegante salón, donde se tocaba, se cantaba y se bailaba. Nuestro héroe lamentó interiormente no estar en disposición de entregarse á los goces de Terpsícore, y se

disponía á pasar ya la puerta de salida, cuando dos hombres, alargando las manos, se interpusieron á su paso y le preguntaron gravemente:

¿Y vd., señor, qué da? ¿Con qué paga vd. su entrada?

¡Yo! ¡Yo, qué doy.....! ¡Si yo no tengo nada.....!

La gran confusión de aquel pobre hombre fué tan ridículamente expresada, que los hombres, perdiendo su gravedad, soltaron una ruidosa carcajada, y llenos de profunda lástima, dejaron salir al campesino, pero no sin que toda aquella escena hubiera sido notada por varios concurrentes, y en particular por muchos chiquillos burlones y traviesos, que corrían á todo correr tras de la avergonzada pareja, gritando con toda la fuerza de sus pulmones: ¡El gorrón! ¡el gorrón!... Aquel edificio de donde el campesino acababa de salir, era una especie de tívoli donde se dejaba entrar á todos y gozar de los placeres que á todos los gustos se ofrecían, con la sola condición de que cada uno pagara la entrada *según su garbo*. Por lo general, eran grandes capitalistas ó grandes artistas los visitantes de aquel tívoli; y mientras los primeros dejaban gruesas sumas capaces de sostener el lujo de aquella especie de castillo encantado, los segundos enriquecían con sus obras aquella espléndida morada del arte. Pintores, escultores, músi-

cas, poetas, etc., tales eran los que dejaban detrás de aquellos umbrales las huellas de su paso, bajo la forma de un cuadro, de una estatua, de una obertura, ó de un poema.—No os parecen más variados y espléndidos los goces que la naturaleza nos brinda, de los cuales podemos disfrutar con sólo abrir los ojos? ¿Quién de vosotras no ha experimentado una especie de melancólica admiración al pasearse en los últimos días de Octubre por entre los árboles de la Alameda? ¿No es verdad que parece vibrar dentro del alma como el eco de una dulce canción, cuando escuchamos el rítmico sonar de las hojas amarillas que se desprenden de los árboles, y el triste canto con que los pajarillos parecen despedirse del tronco seco donde queda el nido abandonado? ¿Os habéis detenido un momento en la cúspide de nuestro altivo Chapultepec? ¿Qué anchos horizontes! . . . ¿qué tintes de verde tan variado en la llanura, qué hermosos cambiantes de luz y de sombra en la colina!

¡Y si viérais el mar! ¿Le conocéis? ¿Qué hermosa alfombra del color del cielo, con sus olas movibles de turquesa, coronadas de brillantes penachos de perlas y diamantes, que tal parecen las espumas del mar doradas por el Sol. Y qué, ¿pensáis acaso que todo esto tenemos el derecho de verlo gratis? Abrid la historia y preguntad cómo han pagado *su entrada á la vida* tantos hermanos nuestros.

¡Colón! ¡Qué rumboso boleto de entrada! él pagó con un mundo! Y Fulton y Guttemberg y Franklin y Morse y Edisson, Hidalgo, Washington, Bolívar, Lincoln, y mil y mil héroes y mártires de la libertad y de la ciencia, que nos han legado sus preciosos inventos y los sagrados derechos con que se enorgullece hoy el siglo de las maravillas. Y no hay que decir que nada tenemos que hacer. Nadie nos exige más de lo que podemos dar, y aun pudieran *dejarnos salir sin cobrarnos nada*; pero en nuestra dignidad está no permanecer ociosos mientras que otros trabajan. Si cada uno se hiciera el cargo de dejar hacer, ¿qué sería de nosotros? Todos tenemos una misión: procurar adelantar, perfeccionarnos. Hay que luchar contra un enemigo común: la ignorancia. Una vez todo un pueblo se levantó contra un tirano; pero siempre en la masa del pueblo hay pobres instrumentos que sólo inconscientemente sirven al triunfo de una buena causa. Uno de esos instrumentos, un indio ignorante, repelaba porque el rancho no le satisfacía. ¿Pues qué, le dijo un jefe, te figuras que estamos aquí para engordar? ¿Y á qué *vine yo, pues, sino á engordar?* replicó el indio. Pensemos que nosotros no hemos venido á engordar; cualquiera que sea nuestro puesto, podemos honrarlo aunque no sea más que procurando dar buen ejemplo. Hasta el más desgraciado puede inspirarnos respeto si

sabe él respetarse, si tiene dignidad. Yo estoy segura de que no sólo os habría inspirado respeto, sino simpatía, un pobre hombre que sólo tenía los troncos de los brazos y no por eso pedía caridad, sino que ganaba en hacer mandados para mantenerse él y mantener también á su anciana madre. Vosotras habéis visto pobres seres que se arrastran, vendiendo billetes, y me contásteis de una pobre mujer sin manos, que cosía y escribía valiéndose de los pies. En el portal hay un hombre que no puede andar y lo llevan á sentarse delante de una venta en la que él despacha. Y veis todos los días pobres ciegos que se desvelan tocando en los bailes, y pueden con lo que ganan sostener una familia. Yo estoy segura de que un hombre que comiera en la casa de un amigo y cenara en la de otro, y á uno le pidiera la casa, y á otro el vestido, estando fuerte y saludable, os inspiraría desprecio y diríais de él que es un hombre *sin dignidad*.

CAPÍTULO V.

DEBERES DE JUSTICIA Y DEBERES DE CARIDAD.

No creais que es bastante no ser gravoso á los demás, no es suficiente pagar lo que se debe porque nosotros no quedamos satisfechos con que nos paguen, necesitamos que

nos gratifiquen y á veces algo más, necesitamos que nos ayuden, que nos *den la mano*, y es preciso darla á quien nos la pide. Estas obligaciones que tenemos para nuestros semejantes podemos dividir las en deberes de justicia y deberes de caridad.

Deberes de justicia. Importancia de la verdad. Franqueza.—La compañera inseparable de los deberes de justicia es la verdad. El hombre justo es franco, sincero, probo, equitativo; en una palabra, obra en todo *de buena fe*. El hombre franco *dice la verdad aunque tema desagradar*, pero siempre con el deseo de hacer el bien. Un amigo hacía comparaciones entre la manera de obrar de dos altos personajes de quienes solicitaba el mismo favor. El primero lo recibía con muchos halagos, prometiéndole, como cosa segura, darle lo que deseaba á mi amigo; pero al día siguiente que fué para arreglar el asunto *definitivamente*, el señor *no estaba en la casa*, al siguiente *estaba muy ocupado* y para no cansaros, mi amigo comprendió que se trataba de *evadir el compromiso*; pero esto fué después de perder mucho tiempo. El segundo personaje le dijo, contestando á su petición: Amigo, no pierda usted su tiempo, lo que usted solicita no está en mi mano concederlo; cuando pueda servirlo en otra cosa, lo haré con mucho gusto. El primero es un hombre falso; el otro es franco. Hay quien opine